

FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGÍA
E INSTITUTOS ANEXOS

REPUBLICA DE GUATEMALA
CENTRO AMERICA

FUNCION SOCIAL DEL MÉDICO

(NUEVAS ORIENTACIONES)

TESIS

PRESENTADA A LA JUNTA DIRECTIVA

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGÍA
E INSTITUTOS ANEXOS

POR

RUBEN RODRIGUEZ Y CASTRO

EN EL ACTO

DE SU INVESTIDURA DE

MÉDICO Y CIRUJANO

JUNIO DE 1925

GUATEMALA, C. A.

TIPOGRAFÍA SÁNCHEZ & DE GUISE
8ª Avenida Sur, Nº 24.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Las sociedades modernas, complicadas de suyo, han llegado a destruir casi por completo los sentimientos de solidaridad entre los asociados. La lucha por la vida impele hacia un egoísmo desconsolador y si a eso se agregan las corruptelas de nuestro medio ambiente, se obtiene entonces, la clave del desconocimiento que existe de los fines sociales.

El aislamiento que se observa, es en realidad desconcertante. Se olvida que la Patria exige que todos cumplan con su deber y éste es tanto más amplio, cuanto mejor preparado se encuentra el individuo.

Célula del organismo social, el hombre debe cumplir una función, la que estará en relación directa de las capacidades de aquel.

Si se ha afirmado que el deber es una deducción espontánea de las relaciones que ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social, existe un deber más amplio, el deber de los deberes, que consiste en cumplirlos todos, cualquiera que sea su carácter, cualquiera que sea el momento en que se presente a activar a todo impulso, así como a despertar a la pereza, o a convencer a la razón o a pedir su fallo a la conciencia.

El espacio y el tiempo, en su devenir incesante, llevan al médico a la más honrosa posición social. Haciendo caso omiso de un estudio detallado sobre la historia del médico en la antigüedad, se expondrá a grandes rasgos los puntos culminantes de la evolución que sufrieran las investigaciones que nuestro padre Hipócrates calificara de divinas.

A no dudar, la profesión médica aparece, desde los primeros tiempos de la humanidad, si entendemos por aquella, la aplicación de remedios de un modo más o menos empírico y en manos de un sujeto o colectividad determinados.

Confundida durante siglos la medicina con la magia y el misticismo, era considerada como un proceso, una forma

destinada a conjurar los malos espíritus, esa es la opinión autorizada de Khun y este mismo sabio lingüista, citado por Renoy, dice que la raíz latina "mediri" comparada a la sanscrita "mèth, mèdh" (adelantarse, maldecir, conjurar) parece indicar bien que la medicina de nuestros tiempos primitivos, no era otra cosa que la hechicería, por esa razón, en aquellos tiempos al médico se le consideraba en relación con los espíritus malos, que provocaban las diferentes enfermedades, y los enfermos eran entonces sometidos a curas naturales, pero sobre todo a métodos de exorcismo. El médico, por otra parte, en la antigüedad, no prestaba garantías de capacidad; si es cierto que Grecia tenía sus escuelas de medicina, no es menos cierto que éstas se distinguían especialmente por su carácter sagrado.

En esa época, jamás se llegó a delimitar las funciones del médico de las del sacerdote. La medicina griega asumió este carácter sacerdotal en los santuarios de los Asclepiades, donde se asistía a los enfermos. La mayor celebridad correspondió a las Escuelas de Rodas, Crotona, Cirene, Cos y Cnido, donde se daba enseñanza médica, con carácter más o menos reservado y secreto, obligándose a los alumnos a un juramento en regla al acabar su instrucción. Atenas contaba, en el número de sus médicos, a todos los que podían probar, públicamente en la tribuna, que habían estudiado bajo la dirección de un maestro.

La profesión médica fué enteramente empírica en los primeros tiempos de Roma, y así usurpaban su lugar las personas benévolas, que se prestaban a administrar remedios. En honor a la verdad, la medicina romana no aparece sino con la influencia de los médicos griegos, que acudieron en gran número desde la anexión de Grecia por Emilio Paulo. Aquellos médicos no tardaron en llamar la atención general y a más de alguno se le concedió el derecho de ciudadanía.

La ley romana concedió desde la época imperial grandes prerrogativas a los médicos, eximiéndoles especialmente de la milicia.

Con la invasión de los bárbaros inicióse un retroceso de la profesión médica y las tinieblas, que hacían desaparecer todas las manifestaciones del Arte, no respetaron la medicina y los médicos de esos tiempos, eran depositarios de fórmulas empíricas, de recetas secretas. En resumen, el médico desaparecía.

En la Edad Media, empezó a formarse un cuerpo médico; ya los maestros en ciencias médicas, se abrogaron el derecho de examen y conferían licencias de habilidad, a las que pronto sustituyeron por los diplomas de doctor, mientras que en algunas ciudades establecían verdaderas facultades. Desde el siglo XII se exigió al médico que sostuviese un examen probatorio o que obtuviese una licencia para poder ejercer la medicina en París y luego ordenanzas especiales, particularmente la de Carlos VI, reglamentaron la práctica de los referidos exámenes. La instrucción que se exigía era muy elemental: nociones de anatomía bastante superficiales, pues no debe olvidarse, que el estudio del cuerpo humano era tenido por una profanación por los clérigos de la edad media y por los catedráticos de enseñanza; pero sea lo que fuere, ya el médico había dejado de ser aquel mago sacerdotal, exorcista, aunque fuese un empírico; ya se le enseñaban nociones superficiales.

El peor y más confundido era el cirujano, que vivía fraternizando con los barberos, con los bañistas, y más todavía, se relacionaba con la gente de peor condición.

Desde entonces, el médico ha venido a ocupar el primer lugar.

Y es muy natural, si la salud es el más precioso de los bienes, si el dolor y la enfermedad son los sufrimientos más hondos, si las infecciones, los accidentes y las enfermedades profesionales son la causa más inmediata de la muerte, el médico que lucha sin cesar contra estos flagelos, debe ocupar el primer lugar en la sociedad.

De todas las profesiones, la medicina es una de los últimos refugios de los espíritus independientes; el médico, que jamás debe tener egoísmos, da su tiempo, sus fuerzas y hasta su vida.

Su apostolado constante, sus relaciones con los enfermos y las familias, su discreción y su caridad, han hecho del médico el confidente de los días aciagos.

Por eso, siempre el médico es llamado a dar consejo; por eso, dirige la higiene rural y pública; por eso es que, hablando en nombre de la ciencia y de la humanidad, reclama a los alienados, para sujetarlos al tratamiento respectivo; luego, su papel aumenta sin cesar, a tal grado, que nuestros antecesores de hace cuatro o cinco siglos se asombrarían.

La medicina moderna ha echado sus bases y conquista para sí una importancia capital y luego el médico abre la brecha en todos los aspectos del campo científico. Régimen de alienados, higiene de las ciudades, del ejército, prescripción de cuarentenas, profilaxia venérea, profilaxia mental, higiene escolar, etc., por doquiera se ve la actividad de esa falange que libra a cada paso batallas con la muerte.

Este papel público, que todos debieran de cumplir, es en cambio fácilmente llevado a la práctica en la vida ordinaria. En el orden privado, cuán precioso será su consejo protegiendo al obrero empleado en un oficio insalubre, aclamando por doquiera la necesidad imperiosa de la higiene y en más de una ocasión se sentirá satisfecho de pensar que ha evitado a sus conciudadanos alguna epidemia; y esto es tanto más cierto, cuanto más convencido se está de que, gracias a los progresos de la higiene, un gran número de enfermedades de larga evolución y de tratamiento prolongado, han desaparecido casi completamente de los cuadros nosológicos. Y no es de dudar que la profilaxia para las enfermedades crónicas, así como para las enfermedades agudas, será la verdadera medicina del porvenir, pues para defenderse de éstas, que son evitables el noventa por ciento, el público educado convenientemente prestará atención a las perturbaciones funcionales y las señalará desde su aparición a los médicos, que bien instruidos, las comprenderán y corregirán acto continuo. Los médicos serán entonces, poco a poco, y para bien de los asociados, quienes conservarán la salud, dejando de ser tratantes de enfermedades constituidas.

En esta segunda parte del presente trabajo se expondrán las nuevas orientaciones, que el médico actual debe desarrollar, a efecto de cumplir mejor con su función social.

El papel del médico en la profilaxia social es enorme y el médico antiguo lo llenaba más completamente, porque era el médico de familia y se le consultaba sobre todas y cada una de las cuestiones que se presentaban y sobre las decisiones que habían de tomarse en cada problema. Para juzgar útilmente este papel tan importante de preservación y de orientación, al cual debe dedicarse el profesional, sería necesario volver a la concepción antigua, del médico de familia.

El médico no debe ser un vendedor de recetas y de indicaciones, de consejos terapéuticos, en competencia con los demás colegas y a quien se le va a comprar una fórmula, como que si se comprara un periódico en la primera ocasión que se le presentara en el camino; debe ser un consejero técnico a la vez que un confidente moral, el guía seguro y fiel en aquellas decisiones que entrañan una trascendencia para el futuro, en las apreciaciones de un estado biológico normal, en la oportunidad de un plan adecuado, en la elección de un remedio, en el estudio de un carácter o solo siquiera, de un estado anímico especial.

Un hondo conocimiento de las leyes de la herencia, de la constitución física como moral, de taras adquiridas o congénitas, etc., todo ello da luz para el análisis de los casos dignos de atención. Y esos datos permitirán juzgar con mejor provecho la situación del paciente. El médico de familia que conoce el pasado patológico, así como también la psicología del conjunto de individuos que componen una familia, estará en mejores condiciones para vigilar de su salud y la de los descendientes, prescribirá la terapéutica eficaz, lo que es mejor medidas profilácticas que prevengan una afección contagiosa o un desquiciamiento espiritual.

Ahondando, profundizando con criterio sano en ese porvenir glorioso que reserva para el médico el lugar predominante en las relaciones sociales y buscando el campo, donde pueda desarrollar una labor profícua, tanto más hermosa cuanto más trascendente, de la cual depende el mejoramiento de los asociados; se presenta en primer término el problema de la Eugénica, que reclama todas las energías, todas las voluntades y especialmente del médico, una pronta vía por donde deba orientarse.

La Eugénica es aquella rama de la higiene, en la cual deben cooperar todos los médicos sin excepción alguna, ya en lo que se refiere al estado de los órganos genitales y la anatomía de la pelvis como en lo que se refiere a las condiciones psicológicas de los procreadores.

La generación del futuro organismo necesita en realidad, ya no solamente la salud física de los generadores, la integridad del aparato genital materno sí que también, y más que todo, facultades intelectuales perfectamente equilibradas. El médico debe evitar con toda la energía de su carácter y con plena convicción científica la gestación en la tuberculosis, en la sífilis, en las cardiopatías graves y

especialmente cuando existe una malformación particular del útero o de la pelvis.

Lo mismo hará en presencia de perturbaciones mentales manifiestas y a este respecto no debe contentarse con consejos negativos, sino que indicará las mejores condiciones de procreación: quietud moral, bienestar físico, sin ninguna preocupación material, ni sentimental, sin causas de intoxicación, tanto externas como internas.

Una vez efectuada la fecundación, se debe examinar el estado psicológico de la futura madre, los "antojos" que la obsesionan, como también las pesadillas, que son el alerta de los síntomas precursores de una intoxicación gravídica, pudiendo perjudicar ya sea al niño o a la madre.

Debe observarse con especial atención la marcha que siga el desarrollo de la inteligencia del niño en todos sus aspectos. Toda tendencia que sea considerada anormal, se sujetará a una observación cuidadosa, a efecto de despistar oportunamente la causa de semejante anormalidad.

Hay una época de la vida del niño, que exige mayor cuidado y donde el médico puede y debe prestar su contingente precioso, y es cuando el niño se inicia en el aprendizaje de las primeras nociones. Es en el intermedio de los seis a los diez años, que se envía a los niños a la escuela y por consiguiente la edad que se podría llamar crítica.

El médico debe diagnosticar, desde el principio, el atraso intelectual o el desequilibrio mental de nefastas consecuencias desde el punto de vista social. De ese diagnóstico inmediato, depende un tratamiento adecuado, que será secundado por un esfuerzo paterno, a efecto de orientar al niño por una nueva vía, que logre talvez encarrilarlo por un camino salvador.

En primer lugar, ¿qué es un retrasado? Un retrasado será aquel cuyas facultades intelectuales, son inferiores a las de sus compañeros de la misma edad, ya esa inferioridad sea congénita o dependa de lesiones que datan desde la infancia. Se hará caso omiso de los idiotas y los imbéciles congénitos, que realmente no tienen compostura; se examinarán solamente los débiles mentales, en los cuales el diagnóstico es más delicado y más tardío. Es en la escuela, donde el problema se presenta con más frecuencia. Un niño que no adelanta, que se conduce mal, es un retrasado y sería muy conveniente averiguar a qué categoría pertenece. Si se examinan a los que en una clase se ha calificado como

los últimos, aquellos que los maestros catalogan como ineptos para seguir el curso, el médico se sorprenderá de encontrar a toda una serie de niños totalmente diferentes al lado de débiles banales, que son incapaces para comprender y que por otra parte, no adelantan a pesar de su aplicación, que muchas veces es tesonera.

Se encontrarán enfermos desconocidos, niños que tienen sus facultades intelectuales normales, pero a quienes una enfermedad sensorial e ignorada obstaculiza la instrucción, ya sea una miopía, sordera, etc. Una investigación detenida demostrará la normalidad de su inteligencia, a la vez que pondrá en el camino de establecer el por qué el niño aprende mal.

La mayoría de las veces, serán niños igualmente inteligentes, pero que en cambio son perezosos, entre ellos, los unos serán por indisciplina, otros por aversión a la escuela; aquellos no se someten a las reglas y deberes que se les imponen, rebeldes a la autoridad del maestro, insensibles a la emulación, orgullosos de su rebeldía y de ser los peores; algunos son disipados, turbulentos; a muchos les gusta rebasar todo límite y los más, masturbadores empedernidos, vicio tan generalizado en ambos sexos, debido a la falta de educación sexual. Naturalmente que en éstos, esa excitación genital tan prematura, concluye por perturbar profundamente su sistema nervioso.

En ocasiones, la irregularidad mental es ligera y cede a la persuasión, cuando los niños son mal educados solamente o que son indóciles por imitación; pero a veces es grave, y en este caso, está sujeta a una evolución progresiva, tal en los indisciplinados, los rebeldes y los revolucionarios del futuro.

Existe además, una clase de perezosos, que lo son porque efectivamente se encuentran deprimidos, son niños afligidos, cuidados con mimos, contemplados en casa, muchas veces acosados por el infortunio, sujetos a emociones fuertes, ya por la severidad con que se les trate o porque huérfanos, se encuentran desprovistos de todo afecto alentador. Es lógico, que no puedan habituarse a la vida colectiva ni mucho menos, al trabajo disciplinado. Su espíritu remiso, repugna a todo aquello que requiera voluntad y permanecen ensimismados en sus pesares, en sus sueños, sin atender a las explicaciones del maestro, ni retener nada de lo que se explica. Una reconvención amistosa, un razonamiento

adecuado a su estado anímico, al alcance de su cerebro infantil, vencerán esa inercia; mientras que con la severidad y castigos renovados, se mantendría al niño en esa actitud timorata. Estos perezosos tienen inteligencia, solamente que su juicio no deja de ser defectuoso por las razones antes apuntadas. Son retrasados a quienes una emulación bien dirigida, podría hacerlos volver a la normalidad.

Una categoría de perezosos, completamente distinta, es la de aquellos niños cuyo desarrollo ha sido manifestamente viciado, raquíticos, enclenques, linfáticos y especialmente adenoideos, que se cansan al menor esfuerzo muscular o mental. Por esa razón, son indiferentes a las disertaciones del maestro, no obstante de poseer una inteligencia normal. Entre estos perezosos fisiológicos, refiriéndose especialmente a los adenoideos, se observa a menudo perturbaciones de las glándulas de secreción interna. Desde el punto de vista mental se presentan apáticos, indiferentes, taciturnos, con solo tratarles sus adenoides y sus trastornos glandulares, procurando mejorar el estado general se les verá alegres y gozosos, jugar con sus demás compañeros y aptos para la vida colectiva. No eran verdaderos retrasados.

En cambio, se observará que sí existen verdaderos retrasados. Entre ellos tenemos a los que lo son por debilidad mental, débiles, sin ninguna tara hereditaria, de pequeña cabeza e inteligencia rudimentaria, pero dóciles y disciplinados; o si no débiles y perversos, con instintos extraviados, niños incorregibles, irrespetuosos, que no pueden someterse a ninguna disciplina y a los que hay que eliminar de las clases de niños normales.

El examen psicológico de aquellos nos demuestra una debilidad innata de las diversas facultades, cuyo desarrollo se hace incompleto a la vez que muy lentamente. La atención es superficial y se fatiga con rapidez; el débil es confuso, no comprende, la memoria es intacta como en los recitadores, pero en cambio no asimilan nada y en consecuencia ninguna ventaja esencial pueden obtener. La asociación de ideas es pobre, la imaginación superficial, la comprensión difícil, el juicio simple, la voluntad frágil, de donde falta de perseverancia en el esfuerzo, distracción, irritabilidad, impulsividad, no pueden inhibirse de las tendencias innatas y las influencias exteriores lo hacen concurrir a una Paratonía. Se encuentran en fin, niños atacados de una grave lesión de los centros nerviosos, afecciones

epileptógenas, procesos demenciales, tumor cerebral, parálisis general infantil, hebefrenia muy precoz, secuelas de encefálistis infecciosas, etc., éstos no son retrasados, sino que futuros idiotas o predementes que deben retirarse de la escuela.

El diagnóstico más importante, no es el del grado exacto del atraso mental, sino el de su causa que indicará la clase de tratamiento, el que sea más eficaz.

No debe olvidarse investigar en el retrasado escolar la heredo-sífilis, lo que se hará con empeño y en caso de duda jamás dejar de ensayar el tratamiento específico, pues en esta materia todos los tanteos, todas las investigaciones, son de nuestro estricto deber.

Investíguese minuciosamente el estado de las glándulas de secreción interna; búsquense todos los pequeños signos de una insuficiencia tiroidea o tiro-sexual, congénita o secundaria a una infección; examínese si no existe una perturbación fisiológica de la supra-renal o de la hipofisis; en todos esos casos una opoterapia juiciosa, prudentemente dirigida, puede dar los resultados más alentadores y jamás se olvide, que según se ha dicho, todos los infantiles son distiroideos y que en todas las formas de infantilismo, el tratamiento tiroideo ha dado buenos resultados.

Si por último las lesiones resisten a todo tratamiento patogénico racional, no queda más recurso que establecer la educabilidad del sujeto, a fin de enviarlo, si vale la pena, a un establecimiento pedagógico especial, en el que sin peligro de perturbar la atención o disciplina de una clase de normales, pueda no obstante, adquirir las nociones intelectuales y profesionales en relación con su poca inteligencia.

El desequilibrado esencialmente se caracteriza por su inestabilidad, por la desigualdad, la falta de armonía y el desarreglo de las funciones psíquicas, de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad. Es un psicópata congénito que con facilidad se le puede conocer. Sin duda, además de su desequilibrio, repetidas veces se agrega un cierto grado de debilidad mental, aunque esto no es absoluto, pues espíritus superiores que llevan la aureola del genio son, sin embargo, sellados con un desequilibrio de las facultades. A menudo la inteligencia entre más se eleva se encuentra más en peligro de ser desigualmente desarrollada y esta desigualdad establece una falta de armonía y un desequili-

brio en las funciones; de ahí que se afirme que el genio toca a la locura.

Desde la infancia se descubren las primeras manifestaciones del desequilibrio congénito, ya en lo que se refiere a la parte afectiva, como a la emotiva, lo que se ve representado por fobias, obsesiones, estados ansiosos, perversiones del gusto o del instinto, ausencia del afecto familiar, egoísmo, apatía, amoralidad, etc. Todo contribuye a formar las constituciones mentales anormales.

Por idiosincrasia del niño y en consecuencia desde la primera edad, la afectividad normal está disminuida o se encuentra ausente sin ninguna razón, para tal o cual objeto: ausencia de afectividad familiar, ética, espiritual, artística... carencia completa de altruismo. En otras ocasiones por el contrario, es llevada al extremo, es decir, al exceso y se puede vislumbrar un temperamento apasionado que se desarrollará en el adulto y el cual está sujeto a variar, de acuerdo con las tendencias atávicas o con el ambiente en el que le toque desarrollar su existencia: pasión amorosa, ya erótica o platónica; por el juego; por la bebida; por el ahorro, tornándose en avaro; de sí mismo, manifestando entonces un narcisismo o egocentrismo de carácter patológico.

Por lo general esa afectividad se encuentra pervertida; pues las inclinaciones y los apetitos innatos, lo conducen a sentir un placer por objetos desprovistos de atractivos y a sentir una franca tendencia por objetos anormales. Examinando más detenidamente, se encuentran perversiones del instinto, sexuales como el fetichismo, la inversión; o si no alimenticias, como la geofagia, la coprofagia y las toxicománias. Hay una inclinación manifiesta a la mitomanía y una tendencia innata a la indisciplina, a la insociabilidad, al robo, a las mutilaciones o las violencias, etc. A éstos los han calificado y no sin razón, con el nombre de locos morales o de antisociales.

Escójase alguno de ellos, para sujetarlo a un examen y se observará, que existen a menudo perversiones del instinto sexual, lo que se hubiera creído encontrar solamente en el adulto. Ahora bien, en este caso, es frecuente ver que el germen de esa perversión ya existía antes de la pubertad. Pueden encontrarse tendencias al fetichismo, a la inversión, al masoquismo, desde la edad de cinco a ocho años. *Cuán*

útil sería un diagnóstico precoz a efecto de combatir semejantes perturbaciones, con la energía que se merecen.

El desequilibrio de la emotividad, el delirio emotivo de Morel o la constitución emotiva de Dupré, que es un modo especial de desequilibrio del sistema nervioso, caracterizado por el eretismo difuso de la sensibilidad general, sensorial y psíquica, por la insuficiencia de la inhibición motriz refleja y voluntaria y manifestándose por reacciones anormales, que no están en relación con el grado, la difusión y la duración de las causas que las provocan. De allí se derivan las obsesiones, las fobias y escrúpulos de toda clase, estados ansiosos y ciertas manifestaciones convulsivas y delirantes de la histeria.

Ahora bien, si las obsesiones y las fobias bien constituidas no se observan, sino en el adulto o el adolescente, pueden verse no obstante en el niño que se suceden a los terrores nocturnos, un estado de inquietud especial, que podrá traducirse después en accesos de ansiedad o constituir la emotividad, bajo la forma de escrúpulos religiosos especialmente durante el tiempo que se le dedique al aprendizaje de las indispensables nociones de la Iglesia.

El niño en estas condiciones llega al fastidio, que pudiera conducirlo por caminos extraviados, y se imponen desde luego, medidas profilácticas enérgicas, generalmente la separación inmediata del medio nocivo.

El desequilibrio de la actividad es la resultante directa y fatal del desequilibrio afectivo e intelectual. Este puede ser automático, instintivo, reflejo, voluntario, según se examine tal o cual fase de la actividad. Los tics, los espasmos, el temblor congénito, la aptitud convulsiva, son estigmas motores del desequilibrio constitucional, y las relaciones estrechas del elemento muscular con la eficiencia mental, han conducido a la concepción de las miosiquias.

El carácter impulsivo es el modo de ser habitual de la voluntad del débil que carece de su freno normal, que es la actividad refleja. Es lo que domina y hace del desequilibrado, que no ha recibido ninguna educación adecuada, un sér especialmente móvil, irritable, colérico, impaciente, impulsivo, irreflexivo en sus tendencias y deseos. El desarreglo de la actividad voluntaria, se manifestará por excitaciones de la energía, tanto más amplias cuanto más profundo sea el desequilibrio.

Estos niños, jamás pueden perseverar en el esfuerzo, no tienen constancia en sus anhelos y no son capaces de sostener la voluntad en sus decisiones, mucho menos en la ejecución de lo que se han propuesto; por el contrario, en ellos existe irresolución, doblegamiento, sobresaltos coléricos, pronto seguidos de abatimiento, un decaimiento general y luego abandono completo. Lo que empiezan, jamás lo concluyen; capitulan en la lucha, desertan de las empresas más insignificantes.

Si en el niño que presenta semejante cuadro, no se interviene activamente con la terapéutica y pedagogía correspondientes, el desequilibrio psíquico se afirmará más y más, haciendo del sujeto un sér anormal y perverso, impulsivo y abúlico, brutal y cobarde, de espíritu falso, de imaginación extraviada, de humor imposible. Puede por otra parte la perturbación dirigirse electivamente a tal o cual facultad, creando así constituciones mórbidas entre las cuales pueden señalarse, al lado del histérico, del ciclotímico, a los mitomaniacos, al emotivo de Dupré, en fin, la constitución perversa a la cual pertenecen los criminales natos de Lombroso y la mayor parte de locos morales de Pritchard y Morel.

Si queremos en el porvenir menos criminales se comenzará desde ahora por investigar, por conocer las tendencias anormales del niño y no se le abandone a que siga una vida de vagabundo y se entregue en manos de algún criminal, que lo hará un cómplice de sus obras malévolas. Lo cual no será raro, pues será convertido con facilidad en un émulo aplicado, por la sugestibilidad manifiesta del débil.

Otros de los problemas que deben llamar la atención del médico en su obra esencialmente profiláctica, es la cuestión sexual. Se ha señalado en las páginas anteriores, la precocidad de las perversiones sexuales en el desequilibrado y la importancia práctica de descubrirlas prontamente. Mas se procurará por otra parte, tomar precauciones de utilidad trascendental en la vigilancia de los normales, tanto del niño como del adolescente; jamás permitir que dos niños y especialmente dos niños de edad diferente, duerman en la misma cama, el despertar sexual del mayor, lo conducirá fatalmente a investigaciones, a roces, por último a maniobras onanísticas. Deberá impartirse una edu-

cación sexual al sujeto púber desde que lo permita su desarrollo genésico e intelectual. Hay que defender al adolescente de las tentaciones, así como de las solicitudes de que puede ser objeto. Hay que enseñarle los peligros que corre, por su inocencia, la fácil sugestibilidad, así como por su instinto de imitación, especialmente en el período en que comienza a sentir el despertar genésico.

Y quién mejor que el médico que está en mejores condiciones, para esa tarea delicada, por su profesión, por la autoridad y el respeto de que goza, sabrá en todo caso, sin herir el pudor, sin perturbar la imaginación, encontrar la mejor forma con palabras adecuadas y los términos comprensibles, es decir al alcance intelectual del niño. Sabrá dar las explicaciones que fortifiquen la castidad natural y que prevengan toda curiosidad peligrosa.

Algunos ejercicios deportivos, ciertas prescripciones higiénicas, serán muy útiles a efecto de desechar tendencias demasiado activas, los deseos demasiado presentes. Cuántas enfermedades venéreas, especialmente la sífilis, cuántos contagios conyugales, cuántas afecciones nerviosas y mentales, cuántas degeneraciones hereditarias, serían evitadas si este indispensable rudimento de educación sexual fuese impartido a cada uno, antes de que una contaminación desastrosa, difícilmente confesada por otra parte, vaya a ser la simiente maldita de una serie interminable de dolores.

El problema de la orientación profesional merece que el médico le preste su atención. Es muy frecuente ver a algunos padres que pretenden llevar a sus hijos hacia una situación superior a sus capacidades o por el contrario, oponerse a que continúe sus estudios, a pesar de gozar de aptitudes para ello, o muchas veces oponerse a que desarrolle su propia vocación.

Es inútil obligar a un retrasado, a un débil a seguir estudios a costa de una labor exagerada, cuando sus capacidades intelectuales son exiguas. Es conducirlos, por una vereda peligrosa, puesto que se debilitará su cerebro, embruteciéndolo, extinguiendo por completo, algunas de las pocas facultades que pudieran haber sido útiles, encauzándolas por otro sendero.

Por querer abarcar mucho, por soñar ir demasiado lejos se logra muy poco. A cada uno, según sus capacidades.

Cuántas veces se ve a un padre de inteligencia nula, codicioso, indolente, debilitado por el alcohol, obligar a sus hijos a abandonar estudios, para los cuales ha tenido capacidades excepcionales; esto además de ser injusto, es contrario a los intereses de la Sociedad.

La elección de profesión debería estar subordinada a las aptitudes. Es ridículo y necio, querer hacer forzosamente de un hijo un abogado, un médico, un ingeniero, cualquiera que sea su inferioridad intelectual, como oponerse por egotismo burgués, espíritu rutinario o de casta, al desarrollo de una vocación, que choca con las ideas paternas y destruye sus proyectos. Cada uno debe ser libre de desarrollar sus aptitudes profesionales que mejor le agraden.

Lo que la familia no sabe o no quiere saber, el médico lo sabrá comprender, demostrando los errores y proponiendo la manera de evitarlos. Es quien guiará al padre inepto para juzgar a su hijo y le hará saber el mejor camino, la orientación precisa, para que su hijo desarrolle sus dones naturales.

Debieran existir laboratorios de psicología experimental y de orientación profesional, donde las aptitudes fueran juzgadas y medidas. Así se podría obtener enseñanzas sobre el valor de las disposiciones mnésicas o imaginativas, otras sobre el grado de atención y los índices individuales de fatigabilidad, otras sobre la potencia de intuición personal o al contrario de las tendencias reflejas a la exteriorización y a la difusión de las manifestaciones emocionales.

Así se podrá contribuir a la elección metódica de una profesión, sabiendo los alcances del sujeto, investigando si no existen contraindicaciones biológicas o mentales para tal o cual profesión u oficio.

Someramente, se hablará del matrimonio, como un problema donde el médico debiera hacer sentir su acción social con más empeño.

Es lamentable convencerse de las pocas garantías morales y mentales de que está rodeado el matrimonio, en la actualidad, y puede decirse sin temor, que lo que se toma

en cuenta esencialmente para ese acto trascendental, es la fortuna de los contrayentes, su posición social u otros detalles, que son los que menos debieran servir de punto de mira.

Si alguien va a contraer matrimonio, todos preguntan: ¿Es rica? ¿Es guapa? ¿Es de buena sociedad? Nadie pregunta: ¿Es sana? Rara vez consultan al médico y cuántas desgracias, cuántas ruinas se evitarían si se tomase esa precaución tan sencilla.

Se ha visto que contraigan matrimonio epilépticos, perseguidos, persecutores, dementes precoces y hasta verdaderos alienados.

Al día siguiente de matrimonio, la casa de Orates los espera, precediendo por supuesto la ruina del hogar, el nacimiento de degenerados, lastre de la sociedad; en fin, la desgracia en todas sus manifestaciones.

Se ha visto algo increíble, a sífilíticos en potencia, ser el punto de partida de una cadena interminable de degenerados.

A este respecto, la acción del médico es salvadora, tiene a su alcance el impedir un matrimonio en semejantes condiciones. Más todavía, puede hacer una insinuación constante en los diferentes grupos sociales que frecuenta, indicando el cuidado que debe de tomarse, la preocupación nunca suficiente, a efecto de evitar un porvenir que se presenta con todo el ropaje de una verdadera tragedia.

Mucho ganaría la sociedad el día en que el Estado, preocupándose mejor del bienestar de los asociados, rodee un acto trascendente, como lo es el matrimonio, de las garantías de salud física y mental que se merece.

La salud física y mental es la base del hogar, más que la fortuna o que una buena posición social. El dinero es secundario y es más honrado el ganarlo con el sudor de la frente, como rezan las sagradas escrituras.

Las enfermedades y sobre todo la alienación mental incurable y hereditaria, es tan peligrosa o peor que la pobreza.

Cuántos han sufrido por desconocer esa verdad, cuántos hogares se ven, en los que reina la infelicidad, por no haberse preocupado de fundarlo sobre bases de salud física y mental.

Ojalá que el médico, que debe ser celoso defensor de la Sociedad y en nombre de ella, acuda al Estado a efecto de que se reglamente mejor en lo que al matrimonio se

refiere, de acuerdo con el espíritu científico actual. Eso, si deseamos, para el porvenir una raza fuerte y sana, bien preparada, para impulsar nuestros destinos hacia la conquista de la felicidad.

Otro aspecto social, donde el médico puede ejercer su influencia bienhechora, es aquel que nos da la extensión, cada vez más alarmante, de cierta clase de tóxicomanías y, especialmente, el alcoholismo.

El médico que goza en la familia de una autoridad bien marcada, puede hacer mucho en pro de la salud pública. Tiene en ella un campo propicio para laborar, a efecto de que desaparezca el vicio más generalizado y que, por otra parte, provee de mayor número de alienados a los manicomios.

Demás es insistir en los efectos del temible licor, pues está en la conciencia de todos; demás también el demostrar, que influye de manera directa y única, la mayor parte de las veces, en la degeneración de la raza.

Es un hecho conocido de todos, que los pueblos más retrasados, son aquellos donde se consume más alcohol.

Ahora bien, téngase presente, que por más que se traiga a discusión por milésima vez, un tema tan trillado; no está demás, el que se ponga voluntad firme en pro de la desaparición del enemigo terrible. Hay que ser optimista y recordar al gran tribuno español, que decía "que ningún esfuerzo por el progreso universal se pierde" y todo lo que se haga para bien de la sociedad, tendrá, como una simiente que se arroja al surco, tarde o temprano, que dar su fruto.

Y ¿quién, sino el médico, que conoce los efectos tremendos del alcohol, podrá llevar a los cerebros de éste o de aquel grupo social, el convencimiento de las consecuencias terribles del victimario fatal?

Debe entonces, hacer labor, silenciosa, pero segura, y tendrá la satisfacción íntima de haber contribuido con su grano de arena a levantar, sobre verdaderas bases, el más sólido edificio social.

Ahí dejo expuestas mis ideas, que no son más en verdad, las aprendí de mis maestros, quienes supieron poner en mi espíritu un alto amor a la humanidad; las aprendí de

los libros que me dieron el pan de la ciencia sin egoísmo. Yo las he retocado, para lanzarlas como un llamamiento a los médicos jóvenes que deben preocuparse por el porvenir de la raza, por el bienestar de la colectividad. Es ya hora que se abandone ese espíritu mercantilista que no tiene razón de ser y que se cumpla con un deber sagrado para con la Patria.

Ojalá que al leer estas páginas, se vea en ellas mi entusiasmo porque en el futuro, una sociedad sobre bases nuevas surja de los escombros de la actual.

Hay que llegar al convencimiento, que el médico como hombre y miembro de la sociedad que es, no puede encerrarse en el castillo de su ciencia; ya que vive en la humanidad, nada de lo que atañe a ella ha de serle extraño.

Por la Patria, por la Humanidad, entonces, ha de tender hacia el afianzamiento del bienestar colectivo.

CONCLUSIONES

- 1.º—El médico debe preocuparse de la cuestión social.
- 2.º—Debe ser celoso guardián de la salud física y mental del niño.
- 3.º—Procurará porque se establezca una verdadera educación sexual.
- 4.º—Debe saber orientar a los asociados en la elección profesional.
- 5.º—Debe empeñarse porque el Estado exija una verdadera aptitud física y mental para contraer matrimonio.
- 6.º—Debe contribuir enérgicamente a combatir la propagación de las toxicomanías, especialmente del alcoholismo.

R. RODRÍGUEZ Y CASTRO.

Vº Bº

LUIS TOLEDO H.

Imprímase.

JUAN J. ORTEGA.

BIBLIOGRAFIA

Enciclopedia Universal, Espasa.—Tomo 34.

Spencer.—Origen de las Profesiones.

Etienne Martin.—Précis de Deontologie.

Juhel-Rénoy.—Vie professionnelle et Devoirs du Médecin.

Nathan.—Los retrasados escolares (anormales).

Pritchard.—Los antisociales.

José Ingenieros.—Criminología.

Sergent: Traité de Pathologie Médicale et Thérapeutique
appliquée. — Deontologie I Tomo. — Syphilis XIX
Tomo.—Intoxications XXII Tomo.

PROPOSICIONES

<i>Anatomía Descriptiva</i>	Hueso frontal.
<i>Anatomía Patológica</i>	Pneumonía.
<i>Botánica Médica</i>	<i>Punica Granatum</i> .
<i>Física Médica</i>	Termocauterio de Paquelin.
<i>Zoología Médica</i>	Tenia Saginata.
<i>Bacteriología</i>	Gonococo de Neisser.
<i>Fisiología</i>	Hematosis pulmonar.
<i>Química Inorgánica</i>	Agua Oxigenada.
<i>Química Médica Orgánica</i>	Aspirina.
<i>Histología</i>	Tejido Oseo.
<i>Clínica Quirúrgica</i>	Complicaciones de los traumatismos.
<i>Clínica Médica</i>	Auscultación cardíaca.
<i>Patología General</i>	Herencia.
<i>Patología Externa</i>	Gonorrea.
<i>Patología Interna</i>	Pneumonía.
<i>Medicina Operatoria</i>	Ligadura de la arteria lingual.
<i>Medicina Legal</i>	Interdicción judicial.
<i>Ginecología</i>	Bartolinitis.
<i>Obstetricia</i>	Maniobra de Mauriceau.
<i>Higiene</i>	Profilaxia venérea.
<i>Terapéutica</i>	Usos de la raíz de Granado.
<i>Toxicología</i>	Abrina.
<i>Farmacología</i>	Emulsiones.